

LEM RYAN

**NUEVA  
ERA**



*«EL QUE NO COMPRENDA, QUE ESTUDIE O SE MANTENGA EN SILENCIO.»*

*(JOHN DEE)*

*«DETRÁS DEL VELO DE TODAS LAS ALEGORÍAS HIERÁTICAS Y MÍSTICAS DE LAS DOCTRINAS ANTIGUAS, DETRÁS DE LA OSCURIDAD Y LAS PRUEBAS EXTRAÑAS DE TODAS LAS INICIACIONES, BAJO EL SELLO DE TODAS LAS ESCRITURAS SAGRADAS, EN LAS RUINAS DE NÍNIVE O TEBAS, EN LAS PIEDRAS DESMENUZADAS DE ANTIGUOS TEMPLOS Y EN EL SEMBLANTE ENNEGRECIDO DE LA ESFINGE, EN LAS PINTURAS MARAVILLOSAS QUE DECORAN LAS PÁGINAS INSPIRADAS DE LOS VEDAS, EN LOS EMBLEMAS MISTERIOSOS DE NUESTROS VIEJOS LIBROS DE ALQUIMIA, EN LAS CEREMONIAS PRACTICADAS POR TODAS LAS SOCIEDADES SECRETAS, ALLÍ SE ENCUENTRAN INDICIOS DE UNA DOCTRINA QUE ESTÁ EN TODAS PARTES Y QUE CUIDADOSAMENTE SE OCULTÓ.»*

*(ELIPHAS LEVI)*

*«SI SE INTERPRETA CORRECTAMENTE, TODO ESTÁ AQUÍ.»*

*(ALEISTER CROWLEY)*

*«CUANDO EL OÍDO ES CAPAZ DE OÍR ENTONCES VIENEN LOS LABIOS QUE HAN DE LLENARLOS CON SABIDURÍA.»*

*(MADAME BLAVATSKY)*



# PROLOGO

**L**os dos hombres se detuvieron al encontrar el camino obstruido. Se habían adentrado a lo largo de cientos de metros de galerías bajo el suelo, internándose por agujeros chorreantes de humedad, tan estrechos que habían tenido que dejar parte del equipo atrás, para ahora toparse con una pared de roca gris. La misma historia que en las otras cuevas que habían explorado. Cansados y desalentados, se dispusieron a salir cuando la linterna de uno de ellos tropezó con algo en el muro húmedo que tenían delante.

—Warte! Hier ist etwas!<sup>1</sup>

—Was ist da?<sup>2</sup>

Los dos se acercaron. Había una grieta oscura en un lateral, cortando la roca en diagonal como un tajo abierto por un cuchillo. Apuntaron a su interior con la linterna. Un par de metros más allá se ensanchaba. Ambos se miraron. Sólo uno de ellos era lo suficientemente delgado para deslizarse por allí, y aún así era muy posible que no lo lograra.

—Glaubst du, dass du das schaffen kannst?<sup>3</sup>

---

<sup>1</sup> —¡Espera! ¡Aquí hay algo!

<sup>2</sup> —¿Qué hay ahí?

<sup>3</sup> —¿Crees que podrás hacerlo?

—Ja! Natürlich!<sup>4</sup>

Para demostrarlo, se despojó de todo lo que pudiera dificultarle el acceso: la Luger, las correas, el cinturón con el águila y la esvástica en la hebilla, la gorra de las Waffen S.S., incluso las botas y la chaqueta del uniforme. Sin embargo, cuando se halló ante la grieta no lo tuvo tan claro. ¿Y si se quedaba allí atrapado? Aspiró profundamente y se introdujo de costado, con mucho cuidado. Llevaba la linterna en la mano. Las rocas le apretaban el pecho y no podía girar la cabeza.

—Siehst du etwas?<sup>5</sup> —le preguntó su compañero.

—Scheisse, warte!<sup>6</sup>

Cuando por fin pudo salir al otro lado tenía la cara y las manos arañadas, y se le había roto un botón de la camisa. Apuntó al suelo con la linterna para no acabar cayéndose por algún foso después de haber conseguido lo más difícil. Luego, tras ver que se podía caminar con relativa seguridad, recorrió con el haz de luz lo que tenía ante sí. Estaba en una cámara muy grande, repleta de estalactitas. Debía internarse muy profundamente en la montaña, porque vio que más allá el túnel continuaba.

—Ich habe es geschafft!<sup>7</sup> —informó.

Su voz retumbó. Algo brilló en la distancia al recibir la luz de la linterna. Curioso, se acercó cautelosamente. Sobre una piedra que surgía del suelo como un altar, un objeto centelleaba a medida que se iba acercando. Se preguntó si sería lo que estaban buscando. Pero no podía ser. Era una leyenda. Y, sin embargo, sintió que su corazón empezaba a latir más deprisa por la emoción.

Aturdido, se detuvo junto al objeto. Sí, era él. Lo tenía delante de los ojos. Lo más maravilloso que había visto en su vida.

—Mein Gott!<sup>8</sup> —exclamó, y se postró de rodillas, llorando.

---

<sup>4</sup> —¡Sí! ¡Por supuesto!

<sup>5</sup> —¿Ves alguna cosa?

<sup>6</sup> —¡Joder, espera!

<sup>7</sup> —¡Ya he pasado!

<sup>8</sup> —¡Dios mío!



# CAPÍTULO UNO

**N**ada más abandonar lo que los barceloneses conocen como la Pata Norte del Nudo de la Trinidad por su primera salida, Miguel Ángel Reverter detuvo el coche sobre una isleta de líneas blancas transversales. Contempló los primeros edificios que se le aparecían de lo que había sido la ciudad de su infancia y que no había vuelto a ver desde hacía más de seis años. Eran las cuatro de la tarde del 15 de junio de 2005 y el sol derramaba toda su furia desde un cielo pálido que recortaba el monte Puig Castellar. El viento sacudía las ramas de los árboles del Parque Europa y los que flanqueaban el costado mar de la ancha Avenida Pallaresa, agitándolas como banderines que aclamaran su retorno. Sentía un nudo en la garganta. A la angustia y el desasosiego que le habían acompañado a lo largo de todo el viaje se les unió la añoranza de una juventud feliz que había creído olvidada para siempre. Los recuerdos golpearon cada una de sus fibras como ráfagas de aquella misma brisa que movía las frondosas copas.

«No debiste venir».

Todo parecía como antes, congelado en una burbuja de cristal para no defraudarle. Unas palomas levantaron el vuelo desde el colosal parque que se extendía a su izquierda sepultando la autovía. La villa le daba la bienvenida a través de sus hijas más pródigas. Las observó mientras sacaba un cigarrillo.

Le temblaban las manos. Unos metros más adelante vio varios vehículos en doble fila y al lado un bar. Avanzó hacia allí muy despacio y dejó el suyo detrás. Otro conductor malhumorado le rebasó tocando el claxon con furia. Miguel Ángel le ignoró, salió del Nissan Almera blanco con la palabra «AVIS» pintada en ambos laterales que había alquilado en el aeropuerto y cerró las puertas con el llavero electrónico.

Aspiró profundamente y se dejó invadir por los olores de su tierra, tan diferentes a los que se había acostumbrado en Londres. Se notó mejor. Después de todo sólo permanecería allí unas horas: asistiría al funeral de tío Alfred, saludaría a los pocos parientes que le quedaban y se marcharía. Miró su reloj. Le sobraba tiempo. El cementerio no estaba lejos. Se dirigió al bar y pidió una Estrella y un pincho de tortilla, porque lo único que había comido en todo el día era la bolsita de cacahuets salados del avión. El café con que acabó le explotó en el paladar, recordándole que no tenía nada que ver con el que hacían los anglosajones. Esperaba que no tuviera el mismo efecto en sus tripas o se vería en un compromiso en el sepelio.

Las últimas horas habían sido más irreales que algunas de sus pesadillas. En el bolsillo interior de su chaqueta estaba aún el telegrama que le anunciaba la muerte de su tío, tan escueto como terrible: MI PADRE HA MUERTO ENTIERRO 15 JUNIO 18:30 CEMENTERIO MUNICIPAL LUCAS. No decía dónde tendría lugar la misa. Aquel rectángulo de papel le había quemado en los dedos desde que lo abrió y durante mucho rato se debatió con la posibilidad de excusar su ausencia mediante el mismo sistema, pero cuando quiso darse cuenta estaba ya en Heathrow comprando el pasaje. Apenas recordaba cómo había llegado allí, ni las razones por las que había decidido al final presentarse, como si hubiese sido víctima de otro de aquellos episodios de sonambulismo que solían darle años atrás. Los fantasmas del pasado que tanto le había costado enterrar regresaban, conjurados por aquel breve mensaje.

Cuando regresó a la calle recordó que ni siquiera se había traído ropa adecuada para un funeral y el coche estaba demasiado mal aparcado como para entretenerse en buscar una tienda donde comprarla. Montó en el vehículo y reemprendió la marcha. En el primer cruce giró a la izquierda. Sus ojos recorrieron la verde montaña que se alzaba sobre la localidad como un

centinela amenazador. Las vigas retorcidas del Monumento a Europa quedaron atrás. Enfiló la Avenida de Francesc Macià en dirección a la Carretera de La Roca y tras atravesar el barrio de Singuerlín con sus altas colmenas de fachadas cubistas desafiando la ladera de la montaña, volvió a detenerse delante de una floristería especializada en coronas funerarias. Aquéllos eran ya los dominios de la Parca: en los escasos metros que quedaban de ciudad la mayoría de los negocios que daban a la carretera estaban dedicados a las honras fúnebres. Dejó el coche en la acera con los intermitentes puestos y compró un ramo de lirios blancos, que puso en el asiento del acompañante con mucho cuidado antes de reanudar la marcha.

Apenas dos minutos después estaba frente al cementerio, un amplio recinto amurallado que parecía resbalar por una pendiente como buscando que sus malogrados ocupantes tuvieran una buena vista del cercano río Besós, moderno Estigia cruzando reinos de sombras, o quizá de la también próxima fábrica de la Damm. Miguel Ángel imaginaba que el Día del Juicio la mayoría de los que estaban allí enterrados asaltarían aquella fábrica para remojar sus huesos secos después de tanto tiempo torturándoles con su presencia. Estacionó en el aparcamiento anexo, cogió las flores y se dirigió a la entrada.

Era la segunda vez en toda su vida que pisaba aquel lugar, pero localizó sin la menor vacilación lo que buscaba. Envuelto en un silencio sobrecogedor, se detuvo delante de un bloque de nichos y buscó entre ellos el de sus padres. Una oleada de emoción amenazó con ahogarle. Allí estaban sus nombres grabados en la fría lápida, lo único que quedaba ya de ellos. Con los ojos llenos de lágrimas, depositó los lirios en el florero de metal anclado al mármol y se sumergió en su dolor durante incontables minutos, hasta que un vistazo a su reloj le aperció de que sólo quedaba media hora para el funeral de su tío. Se limpió la cara y volvió a la entrada del cementerio.

Había un grupo de personas allí congregadas. Reconoció a varios familiares y amigos. Se acercó y los fue saludando uno a uno, respondiendo brevemente a las muestras de curiosidad sobre dónde había estado todos aquellos años o qué era de su vida. Salvo el obligado respeto por la solemnidad del acto, nadie parecía especialmente apenado por la tragedia de tío Alfred. Ni siquiera su propio hijo, al que vio un momento después. Vestido de luto y con

el negro cabello engominado, parecía mucho más alto de lo que le recordaba. Tampoco quedaba ya nada de aquel acné perenne que tanto le acomplejaba y que le hacía parecer un eterno adolescente.

—Miguel... —le estrechó la mano con frialdad—. Me alegro de que hayas venido.

—¿Cómo estás, Lucas?

—He vivido tiempos mejores. ¿Te quedarás unos días?

—No, he cogido billete de vuelta para esta misma noche.

—Ni pensarlo. Tenemos que hablar.

Antes de que pudiera replicarle se les aproximó un individuo grueso con traje de franela gris al que no conocía. Llevaba gafas de sol y lucía una barba descuidada y salpicada de canas.

—¿Es éste su primo Miguel, señor Steiner? —preguntó, dirigiéndose a Lucas, que pareció desagradablemente sorprendido de verle.

—Inspector —El tono de Lucas se volvió aún más glacial—. No recuerdo haberle invitado.

El hombre del traje gris sonrió con ironía.

—Éste es un lugar público. Se me ocurrió dar un paseo por aquí —Extendió la mano hacia Miguel Ángel y se presentó—. Soy el inspector Aguilar, de la Policía Judicial.

Miguel Ángel le devolvió el saludo.

—Miguel Reverter —se presentó a su vez, y preguntó, curioso—. ¿Amigo de tío Alfred?

—Desgraciadamente mi relación con su tío es meramente profesional —negó el policía—. Ya sabe, las circunstancias de su muerte requieren una serie de formalidades. Pura burocracia.

Miguel no le entendió.

—¿Las circunstancias de su muerte...?

El inspector Aguilar miró durante un breve instante a su primo Lucas.

—Ah, ¿no le han dicho...? Claro, ya entiendo. Por eso precisamente quería hablar con usted, señor Reverter. Por las semejanzas.

Lucas intervino entonces.

—¿Le importaría dejar esto para otro momento, inspector? Estamos en una ceremonia privada.

Pero el policía no se dio por aludido y continuó:

—Su tío Alfred murió en un accidente de coche. Como sus padres, según tengo entendido...

\* \* \*

El inspector Roberto Aguilar, de la Policía Judicial de los Mossos d'Esquadra, siguió toda la sepultura desde una respetuosa distancia. Hacía mucho calor para la época del año en que estaban, pero como siempre para él lo peor era la humedad que parecía roerle los huesos y que le obligaba a exudar sin descanso. Procuró mantenerse a la sombra, pero conseguirlo allí era difícil, aunque por fortuna el sol ya declinaba. De todas maneras eso no influía para nada en su celo profesional y no se perdió ni un solo detalle de lo que allí sucedía. Investigador de la vieja escuela, aunque abierto a los métodos modernos, confiaba por completo en los pequeños detalles. En apariencia podían pasar desapercibidos pero quedaban registrados en el subconsciente y eran analizados por el mejor laboratorio criminalístico que había existido nunca: el instinto. Y su instinto le decía que había algo sórdido en toda aquella gente.

No era sólo que ninguno de los asistentes derramase una sola lágrima por el finado. Había hablado ya con varios de ellos y sabía que Alfred Steiner Rogent no era considerado precisamente un filántropo, pero tampoco nadie parecía tenerle una especial animosidad. Trabajaba en la Universidad Autónoma y el rector le había definido como «un ermitaño, sólo preocupado por su trabajo, sin amigos ni vida social», y su hijo había admitido que era «una persona muy solitaria». De todo ello podía concluirse que, para la mayoría de los allí presentes, Alfred Steiner era prácticamente un desconocido a pesar de los lazos que les unieran a él. Tampoco podía sacar nada en claro de la presencia de algunos personajes curiosos, que destacaban entre el resto como las manchas de humedad en una pared encalada y de los que tomó rápidas notas en su libreta: tres monjes con hábitos que parecían salidos de una película medieval orando en silencio y apartados de los demás, un joven

con el brazo derecho escayolado que también lo observaba todo desde lejos, un anciano decrepito que sólo hablaba alemán y se trasladaba en una silla de ruedas empujada por un tipo gigantesco con la cabeza rapada, y el propio Miguel Reverter, el sobrino del fallecido.

De hecho, Reverter era el único que parecía realmente afectado por la desgracia familiar. Y más después de que Aguilar hubiese soltado la bomba para ver su reacción. El cerebro de aquel hombre debía ser ahora como una batidora removiendo excrementos. Ardía en deseos de interrogarle. Tenía la sensación de que si alguien podía proporcionarle información valiosa sobre aquel caso, ése era Reverter. No le quitó el ojo de encima ni un instante.

El ataúd fue llevado por los empleados del cementerio hasta un panteón privado. Aguilar no pudo dejar de observar que no había ningún sacerdote oficiando las exequias y que el féretro tenía un número ocho en lugar de la clásica cruz en la tapa. Todo se hacía en el más completo silencio, tan espectral que, por primera vez en aquel tipo de situaciones, el policía empezó a sentirse nervioso. Dedicó entonces su atención al lugar donde introducían los restos del malogrado Steiner. No era ningún experto en esa clase de monumentos, pero por desgracia había visto los suficientes como para saber que ninguno de los adornos y relieves que lo decoraban formaban parte de la imaginería católica. Sobre el pórtico, dos ejércitos a caballo se enfrentaban en lo que parecía un puente, y entre los dos grupos de combatientes que se lanzaban a la batalla un heraldo soplaba un cuerno; en un dintel un gran lobo parecía aullar con la cabeza alzada, pero tenía en sus fauces abiertas el sol y la luna; y, en el opuesto, un dragón rampante intentaba también devorar a un hombre sólo armado con un martillo. En la cúspide de la cripta, una figura admonitoria parecía vigilarlos desde su trono de piedra, sosteniendo en su regazo una espada envainada. Una extraña representación de Dios, pensó el inspector. A los pies de la divinidad había una estrella de David rodeada de otros símbolos que no reconoció.

¿Steiner era judío? Aquella estrella así lo sugería. Aguilar sacó su libreta y lo apuntó, proponiéndose otra línea de investigación. Quizá tuviera conocidos entre el colectivo hebreo de la localidad que le proporcionasen más datos.

Volvió a fijarse en Reverter. También él observaba con atención los espectaculares grabados del panteón, aunque por el efecto que parecían causarle no debían gustarle mucho. Estaba pálido como un fantasma y con toda la apariencia de encontrarse a punto de sufrir un colapso. También vio que uno de los monjes había dejado de rezar y se persignaba continuamente con expresión aterrorizada. El inspector recordó entonces que Steiner tenía propiedades en Monistrol, cerca de donde estaba el monasterio de Montserrat. Otra referencia a la religión. ¿Qué le había dicho el rector de la UAB sobre la especialidad del doctor Steiner? «Religiones comparadas», o algo así. Excitado, Aguilar supo que había encontrado algo importante. Un nexo. Un punto de partida.

\* \* \*

El día anterior, Juan Portillo, máximo responsable de la Universidad Autónoma de Barcelona, le había atendido muy amablemente en su despacho dentro de las instalaciones de la ciudad universitaria de Bellaterra, una serie de edificaciones de diseño futurista que parecían inspiradas en la saga Star Trek elevándose junto a la autopista B—30. Se trataba de un individuo menudo, que nadie hubiera pensado, encontrándose en plena calle, que ocupase tan alto cargo en una de las mejores universidades del país, pero que allí sentado, con su corbata color burdeos y un pasador del Barça, tenía un aspecto imponente. Tras él, un cuadro con la imagen de Su Majestad el Rey don Juan Carlos presidía la estancia.

—¿Así que dice usted que han abierto una investigación por la muerte de Steiner? —quiso saber Portillo tras invitarle a sentarse—. Creía que había sido un accidente.

Aguilar recurrió a la coletilla que siempre solía utilizar en aquellas situaciones.

—Sí, en realidad no es más que pura rutina, igual que la obligación de realizar la autopsia —El inspector hizo un gesto aburrido—. Lo marcan las leyes. Un hombre ha muerto en circunstancias violentas, así que hay que seguir una serie de trámites. Ya sabe, para cubrir el expediente.

—Claro, claro, lo entiendo. Nadie mejor que nosotros para comprender la burocracia administrativa. Estamos agobiados por ella. ¿Y en qué podemos ayudarle, inspector?

—Bueno... —El policía se removió inquieto y sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo de su chaqueta—. Disculpe, ¿se puede fumar aquí?

El rector negó con la cabeza.

—Está prohibido, lo siento —respondió—. Pero si usted no dice nada y abrimos las ventanas tal vez podamos hacer una excepción. Espere un momento.

Mientras Portillo se levantaba para ventilar la estancia, el miembro de la Policía Judicial continuó:

—Pues venía para que me informase un poco acerca del doctor Steiner. De su trabajo, de sus amistades... Algo con lo que hacerme una idea global sobre él. Porque la verdad es que los datos que tenemos son muy pocos. Ni siquiera hemos podido encontrarle una multa de tráfico.

El rector rió al tiempo que volvía a su asiento.

—Sí, ése era Alfred Steiner. Ya puede fumar, inspector —le autorizó, rechazando con un gesto el ofrecimiento de Aguilar, que le tendía el paquete de Nobel—. No, gracias. Como le decía, no me extraña que no tuviera ni una multa. Steiner era muy metódico, casi de una manera obsesiva. Quizá tuviera algo que ver su ascendencia alemana. Naturalmente, me refiero a su faceta académica, que es la que yo conozco.

Aguilar encendió un pitillo.

—¿Era doctor en medicina?

—No, su especialidad era la antropología, y dentro de ella específicamente la arqueología. Era un experto en protohistoria de Oriente Medio y mitología. También impartía un curso sobre religiones comparadas.

Para el policía todo lo que estaba diciendo el rector era un galimatías.

—Perdone mi ignorancia. ¿Religiones comparadas? ¿Qué es eso?

Juan Portillo sonrió.

—Exacto, inspector, precisamente por eso realizamos un curso: para explicarlo. En resumen, podríamos decir que todas las religiones tienen unas estructuras similares. Sus ritos y símbolos son muy parecidos,

ya que en realidad son el proceso de una evolución. Ninguna religión ha salido de la nada. Se han adaptado a las diferentes realidades culturales, fusionándose con otras en ocasiones o simplemente asimilándolas por las circunstancias históricas. Esa evolución es el objeto del estudio. Por ejemplo, las coincidencias que existen entre el mito persa de Mitra, o el egipcio de Horus, y la figura de Jesucristo, o el proceso que acabó convirtiendo a la deidad suprema de los cananeos, llamada simplemente «El», en el Dios cristiano; o cómo el céltico Cernunnos y el griego Pan terminaron siendo para la Iglesia Católica la representación del Diablo... Si le interesa el tema puedo sugerirle algunos libros, o incluso buscarle un hueco en el curso... cuando se reanude, claro.

—No es necesario —rehusó el inspector, pensando en lo absurdo de estudiar algo así y para qué podía servir en el mundo moderno—. Tengo muy claras las cosas en las que creo y cuál es mi religión. Por cierto, ¿quién sustituirá al doctor en su puesto?

El rector suspiró.

—Por fortuna, dentro de la desgracia, naturalmente, el curso académico está a punto de concluir, por lo que eso no será un problema. Y confiamos en que para el siguiente la vacante ya estará cubierta.

—¿Se baraja algún nombre?

—Ésa es una decisión que debe tomar la Junta de Gobierno en su próxima asamblea. La provisión se hará pública en la forma y plazos que marcan los estatutos.

—Por supuesto. ¿Conocía bien al doctor? Me refiero a su vida fuera de la universidad. Costumbres, amigos...

—Muy poco —reconoció el dirigente de la UAB—. Somos una comunidad muy grande. Me es imposible confraternizar de un modo profundo con todo el personal. Pero llevaba muchos años aquí y solíamos charlar a menudo. Sé que su esposa murió hace tiempo y que vivía como un ermitaño, sólo preocupado por su trabajo, sin amigos ni vida social.

—Bueno, eso reduce mi margen de actuación —se resignó el policía. Portillo se levantó, dando por terminada la conversación.

—Lamento no poder serle de más ayuda —se disculpó.

—Sólo una cosa más —dijo Aguilar, incorporándose a su vez y apagando el cigarro en el cenicero—. ¿Podría echar un vistazo a la oficina de Steiner? No se preocupe, no tocaré nada.

—Llamaré a alguien para que le guíe —El rector le acompañó a la puerta y se dirigió a uno de sus asistentes—. Toni, acompaña al inspector al Instituto de Estudios del Próximo Oriente Antiguo y enséñale el despacho del doctor Steiner. Si necesitase cualquier otra cosa, inspector, no dude de nuestra colaboración.

—Muchas gracias por su atención, ilustrísima.

Siguió después al tal Toni por el complejo y, mientras caminaban, aprovechó para preguntarle también por el arqueólogo.

—¿Usted conocía al doctor Steiner?

—Claro, fui alumno suyo. Ha sido una gran pérdida.

—¿Y qué podría decirme sobre él?

—¿En qué aspecto? ¿Como profesor?

—No, sobre su vida privada.

—Uy, sobre eso me temo que no puedo serle de mucha ayuda. El doctor Steiner era un enigma casi tan grande como el período histórico que investigaba.

—¿Y qué período es éste? —quiso saber.

—El Calcolítico sumerio —respondió el asistente del rector, dejándole exactamente igual que estaba—. Los orígenes de la civilización. El doctor era una eminencia. Sus trabajos sobre la influencia babilónica en las religiones modernas son fascinantes.

Aguilar puso cara de circunstancias y volvió a preguntarse cómo afectaría eso al resto de su vida.

—Claro, fascinantes —corroboró.

Cuando llegaron al estrecho cubículo fabricado con paneles de pladur donde Steiner solía preparar sus clases, el policía lo comparó con el suyo propio en las dependencias de la comisaría de la calle Cervantes y se dijo que no importaba el nombre de la administración para la que se trabajase, ni los estudios que se tuviesen. La función pública era igual en todas partes. Claro que el orden que existía en aquel pequeño espacio no tenía nada que ver

con el modo tan particular que él tenía de distribuir las cosas. Aguilar echó un vistazo a los libros alineados en los estantes y leyó en los dorsos títulos como «Senderos de la evolución humana», «El origen de las civilizaciones» o «Mesopotamia: la escritura, la razón y los dioses». Sobre la mesa, un único folio de papel contenía unos símbolos extraños y algunas anotaciones. El inspector miró al asistente y le preguntó si reconocía aquellos caracteres. El joven se acercó y pareció perplejo.

—Parece etrusco —aventuró.

—Etrusco, por supuesto, ya decía yo —comentó Aguilar, sarcástico. Se sentó en la silla y señaló la pantalla de ordenador que tenía delante—. ¿Puedo...?

—No sé si está permitido... —dudó el asistente.

—No importa. ¿El doctor tenía algún ayudante, becario o algo así?

—Claro. ¿Desea hablar con él?

—Si fuera posible... Pero, mientras lo busca, ¿me podría indicar dónde están los lavabos?

Toni le indicó cómo llegar. Aguilar le vio alejarse y, cuando estuvo seguro de que ya no le vigilaba, regresó al despacho de Steiner y puso en marcha el ordenador. Windows 98 arrancó entre chasquidos, pero se detuvo en la pantalla de bienvenida y le solicitó una contraseña de acceso. Bueno, al menos lo había intentado. Apagó la CPU y en ese momento se dio cuenta de que dentro de la disquetera había un disco flexible. Lo extrajo y se lo metió en el bolsillo de la chaqueta. Luego se incorporó y se marchó a los servicios.

Cuando Toni regresó, lo hizo solo. No había encontrado al ayudante de Steiner, que al parecer había tenido que marcharse, pero volvería por la tarde. Aguilar se lo agradeció y le dijo que ya hablaría con él en otra ocasión.